

MIGRACIÓN. UNA REFLEXIÓN DESDE *TRANQUILLITAS ORDINIS*

Bella Beatriz ARCHILA QUINTEROS¹

Resumen: Este artículo analiza el fenómeno migratorio en Centroamérica, con especial atención a Guatemala, desde los presupuestos teológicos y de la Doctrina social de la iglesia. Partiendo de datos cuantitativos de la CEPAL y el INE, se describe la realidad estructural que fuerza el éxodo de miles de personas. Se interpreta esta realidad no solo como un problema socioeconómico, sino como una herida en el orden de la paz, entendida esta como *tranquillitas ordinis* (Pablo VI). A la luz del magisterio de san Agustín, Juan XXII, Pablo VI y el papa Francisco, se propone que la migración forzada constituye un *locus theologicus* que interpela a la comunidad eclesial y toda la sociedad, exigiendo una opción preferencial y activa por los pobres y excluidos. El artículo concluye con reflexiones dirigidas a parroquias y agentes de pastoral, invitando a una conversión que permita ser un signo verdadero y tangible del Reino de paz.

Palabras clave: Migración, paz, Centroamérica, Guatemala, teología, opción por los pobres, Doctrina social de la Iglesia.

Introducción. El grito del migrante como cuestión teológica

Cada año, millones de personas emprenden viajes peligrosos en busca de una vida mejor. Lejos de reflejar una crisis humanitaria, este fenómeno global está básicamente ligado a la paz de las naciones.

El rostro cansado del migrante guatemalteco, hondureño o salvadoreño, etc., que atraviesa fronteras en busca de una existencia digna no es solo una imagen recurrente en nuestros pueblos, es un icono teológico que interroga las conciencias y da a conocer las fracturas sociales desde donde se clama por

1 Licenciada en Ciencias de la Administración y de Administradora de Empresa. Licenciada en Teología en la Universidad “Rafel Landivar” (Guatemala).

una paz auténtica. Este fenómeno, leído con los ojos de la fe, trasciende la mera estadística para convertirse en una cuestión central de la antropología teológica, aquella disciplina que reflexiona sobre el hombre a la luz de la revelación. ¿Quién es el hombre que migra? ¿Qué nos dice su éxodo forzado sobre nuestra condición y sobre la realización del designio de Dios para la humanidad? El papa Francisco, con insistencia, nos ha recordado que no estamos ante simples números, sino ante personas con historia, cultura y sentimientos que poseen la dignidad inviolable de hijos de Dios.² Su peregrinar forzado es un “signo de los tiempos” que debemos descifrar desde la razón y con el corazón.

La presente reflexión se sitúa entre el análisis social, fundamentado en datos de organismos como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y el Instituto Nacional de Estadística de Guatemala (INE), y la reflexión teológica, iluminada por el Magisterio social de la Iglesia. En este artículo se plantea que la migración centroamericana, en su raíz, es el producto de una negación de la paz, y que para la construcción de una paz verdadera se exige una conversión y una opción radical por los pobres y excluidos, reconociendo en sus rostros el rostro sufriente de Cristo.³

1. El rostro de la exclusión: una realidad cuantificable en Guatemala y Centroamérica

Antes de toda hermenéutica teológica, es necesario prestar atención a esta realidad. Los datos son la traducción de un drama y dolor humano. Su revisión posibilita un espacio de reflexión, como lo indica el papa Francisco, la realidad que muestran los datos exige una escucha atenta.

a. Pobreza y desigualdad estructural

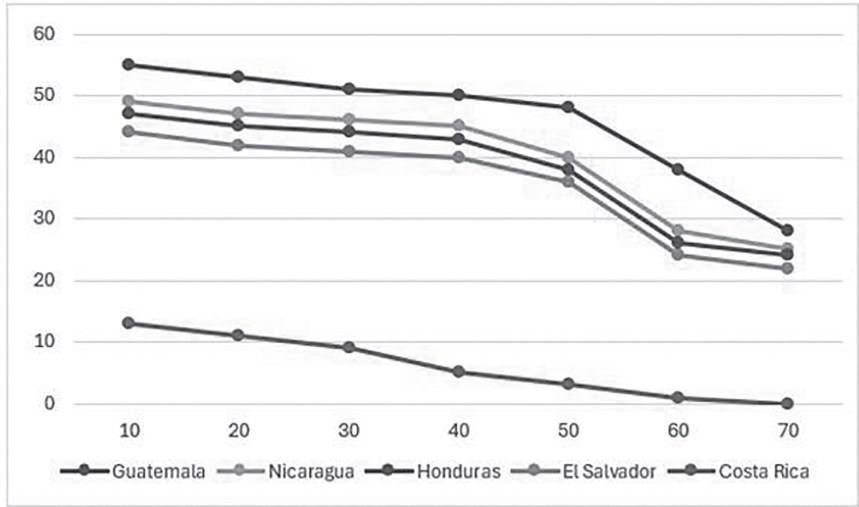
Según datos de la CEPAL, Guatemala presenta los índices del umbral de pobreza multidimensional más altos de la región Centroamérica (Gráfico I). Asimismo, presenta la distribución del ingreso de las personas por deciles de ingreso per cápita, evidenciando una profunda brecha entre una minoría acaudalada y una mayoría en situación de precariedad (Gráfico II). El INE reporta que aproximadamente el 33,8% de la población no indígena guatemalteca vive

2 https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20201003_enciclica-fratelli-tutti.html

3 <https://www.bibliatodo.com/biblia/Latinoamericana-1995/mateo-25-35>

en situación de pobreza y el 12,9% en extrema pobreza; situación que se incrementa en la población indígena, reportando 39,3% y 39,7%, respectivamente (Gráfico III). Estas cifras no son abstractas: se traducen en la falta de acceso a tierra, educación, empleo, salud y vivienda, constituyendo el detonante de la migración. Es la respuesta ante el miedo y la desesperación que se han apoderado del corazón de padres, hijos y hermanos. Realidad que el papa Francisco identifica como parte de una “cultura del descarte” donde el migrante se ha vuelto el “sobrante” del sistema.⁴

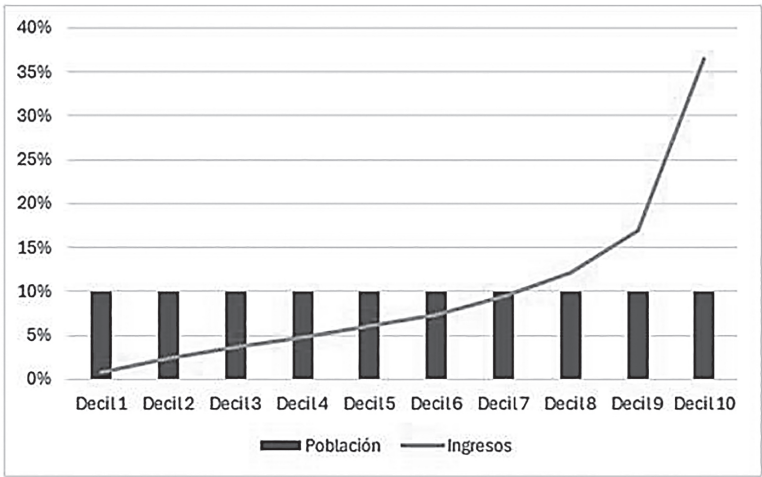
Gráfico I. Centroamérica. Incidencia ajustada de la pobreza multidimensional según distintos valores del umbral de pobreza multidimensional del IMP-AL, alrededor 2014



Fuente: <https://repositorio.cepal.org/server/api/core/bitstreams/7e-7175fe-3e78-4fe3-aa50-8aa94dcoac58/content>

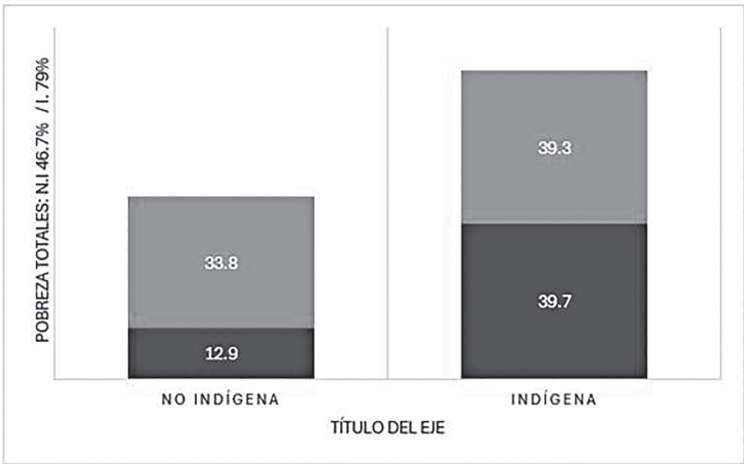
4 https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/pa-pa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html

Gráfico II. Distribución del ingreso de las personas por deciles de ingreso per cápita (porcentaje del ingreso nacional total). Guatemala, 2023



Fuente: CEPAL, CEPALSTAT, sobre la base de Banco de Datos de Encuestas de Hogares (BADEHOG).

Gráfico III. Situación de pobreza. Proporción de población en situación de pobreza según etnicidad año 2014.



Fuente: INE, ENCOCVI, 2014.

b. Esperanza frustrada: juventud y falta de oportunidades

La población guatemalteca es mayoritariamente joven. El INE indica que más del 60% de la población es menor de 30 años. Sin embargo, la tasa de desempleo y subempleo juvenil es abrumadora. La incapacidad de la economía para integrar a los jóvenes genera una esperanza frustrada: estos huyen de la pobreza, de la falta de futuro.

c. Violencia e inseguridad

Más allá de los factores económicos, Centroamérica está marcada por la violencia de las pandillas y el crimen organizado. Guatemala, El Salvador y Honduras presentan algunas de las tasas de homicidio más altas del mundo. Para muchas familias, migrar se vuelve una opción que posibilita la huida de un entorno donde la vida corre peligro.

II. La paz herida: una reflexión desde la Doctrina Social de la Iglesia

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI), con su mirada centrada en la persona, tiene décadas reflexionando y proponiendo un camino que lleve a la paz. Cito dos documentos magisteriales clave: *Pacem in Terris* (1963) y *Populorum Progressio* (1967), que nos iluminan en este desafío contemporáneo.

En la encíclica *Pacem in Terris* (Paz en la Tierra),⁵ promulgada por el papa Juan XXIII en abril de 1963, se hace referencia al contraste que existe entre el orden maravilloso del universo y el desorden que reina entre los individuos y entre los pueblos. Afirma el texto que la paz en la tierra, siendo la suprema aspiración de toda la humanidad, no podrá establecerse ni consolidarse si no se respeta fielmente el orden dispuesto por Dios. La encíclica estructura un orden basado en la verdad, establecido con las normas de la justicia, fructificado por la caridad y realizado en libertad.

En *Populorum Progressio* (1967),⁶ el papa Pablo VI propone “el desarrollo” como el nuevo nombre de la paz, declarando que las diferencias económicas,

5 https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_11041963_pacem.html

6 https://www.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum.html

sociales y culturales demasiado grandes entre los pueblos provocan tensiones y discordias, poniendo la paz en peligro.

La encíclica cita (Génesis 1,28) *Llenad la tierra, y sometedla*, indicando que la Biblia desde sus primeras páginas nos enseña que la creación entera es para el hombre, quien tiene que aplicar su esfuerzo inteligente para valorizarla mediante su trabajo. “Dios ha destinado la tierra y todo lo que en ella se contiene para uso de todos los hombres y de todos los pueblos, según la regla de la justicia, inseparable de la caridad”, implicando que todos los demás derechos a ello están subordinados. Se convierte este texto en un llamado a construir una civilización del amor donde el desarrollo de todos los pueblos sea, efectivamente, el nuevo nombre de la paz.

Apela al desarrollo integral, no al desarrollo reducido simplemente al crecimiento económico, que promueve a todos los hombres y a todo el hombre a nivel social, político y espiritual. En esta encíclica el papa Pablo VI reflexiona y nos recuerda que la paz no es una mera tregua entre conflictos, sino “la tranquilidad del orden” (*tranquillitas ordinis*),⁷ orden querido por Dios, que permite una justicia entre los hombres.

Pero la reflexión sobre la paz en este sentido es milenaria: ya en el siglo V, san Agustín de Hipona definió la paz como un orden justo y armonioso. San Agustín no escribía desde un lugar de estabilidad, sino desde el colapso. En el 410 d. C., Roma fue saqueada por los visigodos de Alarico, evento que fue un trauma psicológico y político para el mundo romano. Muchos romanos paganos culparon a los cristianos y a su Dios argumentando que, al abandonar a los dioses tradicionales, Roma había perdido su protección divina.

Su libro *La Ciudad de Dios* es, en parte, una respuesta a esta acusación. San Agustín respondió al colapso del mundo romano, en vez de con una defensa, con una profunda reflexión sobre la naturaleza de la paz. Argumentó que la verdadera paz no es la mera estabilidad de un imperio, *pax romana* (¿podremos ahora incluir *pax centroamericana*, *pax latinoamericana*... etc.?), que puede estar “basada en la opresión”, sino precisamente en la “tranquilidad del orden”. Para él, este orden implica una armonía que comienza en el alma y se extiende a la sociedad.

En la actualidad, el Instituto para la Economía y la Paz (*Institute for Economics and Peace*, IEP) plantea que el buen gobierno y los bajos niveles de corrupción son los pilares principales de la paz, operacionalizando así, siglos después, la idea agustiniana de que la paz verdadera es un orden justo y armonioso y no un mero alto al fuego; este instituto ha desarrollado una herramienta cuantitativa y práctica que anualmente mide

7 Agustín de Hipona, *La Ciudad de Dios*. (2008), Libro XIX.

y publica el Índice de Paz Positiva⁸ (*Positive Peace Index*) en más de 100 países.

El IEP identifica ocho pilares medibles que caracterizan las sociedades pacíficas: el buen funcionamiento del gobierno, un entorno empresarial sólido, el libre flujo de información, altos niveles de capital humano, bajos niveles de corrupción, la aceptación de los derechos de los demás, la distribución equitativa de los recursos y las relaciones saludables con los vecinos. Son mediciones en las que nuestros países centroamericanos se encuentran en los últimos renglones del ranking.

Podemos afirmar que, como resultado de esta falta de paz, las oleadas migratorias forzadas son el síntoma más claro de que en nuestros países el “orden” planteado por san Agustín se ha fragmentado. La pobreza, la falta de oportunidades, la violencia y la degradación ambiental sin duda son detonantes que hacen que la persona se plantee y tome la angustiosa decisión de migrar. Esta decisión se ha vuelto una constante durante décadas en nuestros países latinoamericanos.

El cardenal Robert Sarah, ante el fenómeno de la migración, se pregunta: si los jóvenes abandonan su país y su pueblo persiguiendo la promesa de una vida mejor, ¿qué será de la historia, de la cultura, de la existencia misma del país que han abandonado? ¿Qué será de esos países privados de sus fuerzas vivas?⁹

La reflexión que inspiran estas preguntas nos lleva a profundizar sobre la injusticia social que fuerza la migración, constatando que estos fallos estructurales no son más que el reflejo a gran escala del desorden interior del hombre; y es que cuando la razón colectiva se somete a las pasiones del poder, de la codicia, del egoísmo y del placer, el resultado es un desorden social, incapaz de proporcionar ambientes de paz.

III. Los cristianos como portadores de paz

Recordemos las palabras de nuestro Señor Jesucristo: “La paz os dejo, mi paz os doy; no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo”.¹⁰ Siendo Cristo el príncipe de la paz, los cristianos estamos llamados a ser portadores de su paz, a llevar esperanza, amor, unión, perdón, gozo, como lo describe el canto de san Francisco de Asís.

8 <https://www.economicsandpeace.org/research/positive-peace/>

9 Robert Sarah (2019), *The Day Is Now Far Spent*.

10 Jn.14,27.

Tristemente, constatamos una incongruencia, ya que en nuestros países centroamericanos, donde la mayoría nos proclamamos cristianos, formamos parte de sociedades en las que reinan la pobreza, el hambre y la injusticia social.

Dónde se encuentran los cristianos, en qué espacios existimos y nos movemos. Sin duda, hemos cedido espacios valiosos en la economía, la política y en la opinión pública. Podríamos aún prestar oídos y dejarnos interpelar por la voz del profeta Isaías, que denuncia que “los centinelas *de Israel* son ciegos, ninguno sabe nada. Todos son perros mudos que no pueden ladrar, soñadores acostados, amigos de dormir [...]”.¹¹

¿Hemos quebrado acaso el orden justo y armónico que se manifiesta en todos los niveles de la existencia humana y que tiene su raíz en nuestro orden interno?

Qué ha pasado con el lugar preponderante de la razón, siendo la facultad más elevada del ser humano la luz de la mente, que discierne la verdad, procura el bien y gobierna sobre las pasiones y los apetitos del corazón. Hemos invertido esta jerarquía, estamos en guerra, nuestras buenas intenciones son saboteadas por toda clase de apetitos, llevándonos a vivir en un estado de intranquilidad y desasosiego. ¿Cómo ser portadores de paz, si vivimos en este desorden?

Es también san Agustín quien propone la restauración del orden interno como el camino hacia la paz. Camino que requiere de nuestra lucha constante y que se logra a través de las siguientes virtudes.

- **El autoconocimiento y la humildad:** Es necesario preguntarnos de manera abierta y frecuente quién soy yo, qué sentido tiene mi vida, qué ideales me mueven. San Juan de la Cruz¹² se preguntaba, sobre las pasiones del corazón del hombre, ¿cuáles son tus alegrías, tus tristezas y tus temores? Podríamos seguir preguntándonos ¿dónde tengo puestos el corazón y mi esperanza? ¿Sufro con lo que sufre el corazón de Cristo y gozo con lo que él goza?

Sin duda, para respondernos con franqueza a estas preguntas, necesitamos del recogimiento y del silencio interior que nos permita, entre otras oraciones, musitar cada día:

¹¹ Is. 56,10.

¹² San Juan de la Cruz, *Noche Oscura* (Libro II).

Ven, Espíritu Divino manda tu luz desde el cielo.
 Padre amoroso del pobre; don, en tus dones espléndido;
 luz que penetra las almas; fuente del mayor consuelo.
 Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo,
 tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego,
 gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.
 Entra hasta el fondo del alma, divina luz y enriquécenos.
 Mira el vacío del hombre, si tú le faltas por dentro;
 mira el poder del pecado, cuando no envías tu aliento.
 Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo,
 lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo,
 doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.
 Reparte tus siete dones, según la fe de tus siervos;
 por tu bondad y tu gracia, dale al esfuerzo su mérito;
 salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.¹³

- **La razón iluminada por la fe:** La razón humana, debilitada por el pecado, no puede gobernar por sí sola. Tiene la necesidad de ser iluminada por la verdad divina, que se revela a través de la fe; con ella la razón es perfeccionada. La verdad de fe, cuando es acogida, se convierte en una convicción razonable, no porque haya sido demostrada, sino porque es la respuesta más elocuente a las preguntas más profundas de la razón humana. Siendo redactores de nuestra vida, y dejándonos iluminar por el pasaje, el justo vivirá por la fe, estamos llamados a ser fieles a nuestra integridad personal, a nuestra nobleza interior y a la coherencia de vida.
- **La gracia divina como motor:** para san Agustín, este reordenamiento se ve limitado si depende únicamente del esfuerzo humano. La voluntad necesita de la gracia de Dios para ser restaurada y fortalecida. Es Dios quien, desde dentro, procura a nuestra voluntad a desear y a amar el bien. Todo será el resultado de una experiencia personal con Cristo. ¿Dónde está mi corazón, de dónde obtengo mi alegría y descanso?
 En última instancia, la visión agustiniana nos recuerda que la paz, ya sea en el alma de un cristiano, de un migrante, de un gobernante o en la constitución de una nación, es un orden dinámico que comienza con el gobierno de la razón sobre las pasiones y solo permanece cuando la vida personal está cimentada en la verdad y la justicia. Solo con estas raíces se logrará construir una paz sublime y verdadera.

13 <https://www.vaticannews.va/es/oraciones/ven-santo-espiritu.html>

IV. La opción por el excluido: el migrante como Locus Theologicus

La caridad como amor ordenado es la fuente de la justicia social y del bien común.

La opción preferencial por los pobres, además de ser el núcleo central del evangelio, es una exigencia teológica que implica reconocer en los pobres y excluidos el rostro de Cristo.

Esta caridad debe ser, ante todo, operativa. Ya lo decía el profeta Isaías: “Y si te ofreces ayudar al hambriento, y sacias el deseo del afligido, entonces surgirá tu luz en las tinieblas, y tu oscuridad será como el mediodía”.¹⁴

Acoger, proteger, promover e integrar a los migrantes y a sus familias¹⁵ no es solo un imperativo humanitario, es una opción para la comunidad cristiana y la verificación de su autenticidad. La presencia del migrante no es una carga, sino un don que nos desafía a salir de nuestra tibieza y nuestro individualismo. Al poner en práctica estos actos, hacemos posible la construcción de la paz, esa *tranquillitas ordinis* que nace del reconocimiento de la dignidad inviolable de cada persona, creada a imagen y semejanza de Dios.

En este marco, las comunidades parroquiales y los agentes de pastoral estamos llamados a formar parte de la cultura del encuentro, a ser artesanos de una paz que, siendo don de Dios, exige la disposición y colaboración de cada hombre, en respuesta al llamado a descubrir nuestra vocación (“entonces ustedes serán mí pueblo y yo seré su Dios”, Ez.36,28) de ser pueblo, el pueblo de Dios.

¹⁴ Is. 58.10.

¹⁵ Francisco, *Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado*, 2018.

Bibliografía

CEPAL

(2023), *Panorama Social de América Latina y el Caribe*.

FRANCISCO

(2013), *Evangelii Gaudium*. Exhortación apostólica.

(2018), *Mensaje para la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado*.

(2020), *Fratelli Tutti*. Carta encíclica.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (INE) DE GUATEMALA

(2023), *Encuesta Nacional de Condiciones de Vida (ENCOVI)*.

JUAN XXIII

(1961), *Pacem in Terris*. Carta encíclica.

PABLO VI

(1967), *Populorum Progressio*. Carta encíclica.